

DOMINGO III DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 3, 13-15.17-19): **Arrepentíos y convertíos.**

Salmo (4, 2.7.9): **«Haz brillar sobre nosotros tu rostro, Señor»**

2ª lectura (1ª Juan 2, 1-5): **Lo conocemos si guardamos sus mandamientos.**

Evangelio (Lucas 24, 35-48): **Mirad mis manos y mis pies.**

Conviene recordar la escena a la que se refiere la lectura de los Hechos. Un profeta, falso, según las autoridades, es hecho prisionero y conducido ante la máxima autoridad con la acusación de rebelarse contra el que ejerce el poder. Desde el Éxodo de Egipto, liberados de un poder extranjero, buscan formas de vida en libertad. Ellos eran el pueblo de Dios, de nadie más.

Ahora, en la escena ante Pilato sus autoridades declaran que no tienen ni aceptan otra autoridad que el César. Y con ese hecho, se produce la máxima contradicción, que podía manifestarse en la vida de un pueblo nacido con la vocación y obligación de ser libre. En contra de toda su historia aceptan el sometimiento, la esclavitud política de la que Dios les había liberado siglos antes. Con su mentalidad, se muestran atrapados en la maraña de las normas y de los miedos, exteriores e interiores. Y todo, por conseguir la condena de Jesús.

Dice la primera lectura de hoy que no sabían lo que estaban haciendo. Porque atrapados en sus esquemas normativos y legalistas, como tantas veces nosotros mismos, no captaron el sentido profundo que había en la persona de Jesús, el hombre libre que supo conservar su libertad hasta el fin y que no era un profeta sino el Profeta, la Palabra, porque hacía realidad lo que otros habían expresado con palabras como portavoces de los anhelos de la humanidad.

Mientras toda la tradición de los profetas antiguos expresaban en palabras el sentir de una humanidad que espera ansiosa la venida de Alguien que haga realidad los anhelos profundos del ser humano, ahora, en Jesús, aparece quien dice la Palabra más clara, rotunda y fuerte de lo que las personas somos y podemos ser. Jesús nos la expresa con su propia vida. Su resurrección es la última palabra que Dios nos dice a nosotros: Nunca, ni en la muerte, dejéis de confiar en mí. Yo estoy con vosotros siempre, hasta el final. Que, tendrá una buena salida: LA VIDA.

Hoy diríamos que los discípulos de Jesús, tras su muerte, quedaron atrapados en la sensibilidad dominada por su trágico final. Las escenas y las palabras utilizadas en las narraciones del Nuevo Testamento que se refieren a esos momentos, como las que hoy, nos transmiten el estado anímico de aquel grupo unido en el recuerdo del amigo muerto y conmocionados por las circunstancias violentas en que se había producido. Las insistentes referencias a unos escenarios tétricos y cerrados, su miedo e intranquilidad, su sensación de poder ser acusados ante las autoridades, como le había ocurrido a Él.

Todo contribuye a crear un clima enrarecido en el que aletea el fantasma de Jesús ocupando el centro de su atención. Todo gira en torno al convencimiento de su muerte y que con la victoria de sus enemigos, podrían seguir tomando represalias sobre ellos. Todo es depresivo. Todo se ha venido abajo. Se acabó una bonita ilusión que proyectaba en un futuro cercano la construcción de algo que no habían terminado de captar, pero que su amigo muerto reflejaba muy bien con palabras significativas, hechos sorprendentes y autoridad personal.

Más, de repente, todo eso se diluye ante la presencia real del amigo muerto y ausente. Unos lo encuentran en el camino atareado de la vida. Otros contra toda esperanza, en la sitiada estancia de sus miedos. Las mujeres en la expresión sincera de su afectuoso cuidado mortuario. Todos en la vivencia de su escepticismo basado en la universal experiencia de que nadie ha vuelto a contarnos, nada de la otra vida de los muertos. Así era la situación psicológica de los amigos del crucificado, como la de todos los seres humanos que caen en las garras pesimistas del escepticismo religioso.

Pues bien, allí es donde se dio el encuentro con Jesús resucitado de la muerte y allí es donde resonaron sus mensajes de paz, de perdón y alegría. La vida ha desbordado los límites en que la encajamos, ha saltado las barreras en que nuestra desconfianza la había recluido, ha roto los diques de nuestra experiencia limitada. Dios la ha hecho trascender de todas las vallas que nos empeñamos en ponerle. Él ha dicho la última Palabra y nos ha cambiado la vida.

Lo que Jesús nos había dicho sobre el perdón y la salvación ya se ha hecho presente. Su sentido familiar e íntimo de Dios era cierto. Ya lo podemos entender como Padre o Madre. Nuestros miedos se diluyen, nuestras culpas adquieren, ahora, su sentido positivo de señales de alerta, pero no de exclusión y rechazo definitivo. La casa familiar de Dios está abierta para todos, sin exclusión. Dios ha hecho posible lo que la religión de la ley había hecho imposible. Dios, pues, es vida y Vida. Dios es nuestro futuro, como se ha visto en Jesús. Y lo que habían dicho los profetas se ha hecho realidad en el Profeta. Nuestra esperanza ha comenzado y tiene sentido.